

Comisión Episcopal de Pastoral Conferencia Episcopal Paraguaya





MISIÓN

Continental Permanente en el Paraguay

Subsidio 3

Una conversión pastoral para una Iglesia en comunión

- Pastoral de Mantenimiento
- Conversión Pastoral
- Comunión Eclesial



MISION Continental Permanente en el Paraguay

SUBSIDIO 3

Una conversión pastoral para una Iglesia en comunión

- Pastoral de Mantenimiento
- Conversión Pastoral
- Comunión Eclesial



resentación

on gran alegría, llegamos nuevamente hasta ustedes, en este tiempo de especial preparación para llevar adelante la gran Misión Continental Permanente en Paraguay, con el fin de presentarles este tercer subsidio que lleva por título: «Una conversión pastoral para una Iglesia en comunión». Nuestro empeño y esperanza es lograr, con la guía del Espíritu Santo, un sin número de discípulo y misionero de Jesucristo.

El Documento de Aparecida, nos dice, a propósito de la conversión pastoral: «Esta firme decisión misionera debe impregnar todas las estructuras eclesiales y todos los planes pastorales de diócesis, parroquias, comunidades religiosas, movimientos y de cualquier institu-

ción de la Iglesia. Ninguna comunidad debe excusarse de entrar decididamente, con todas sus fuerzas, en los procesos constantes de renovación misionera, y de abandonar las estructuras caducas que ya no favorezcan la transmisión de la fe» (DA 365).

Todo esto supone dejar nuestra comodidad en la que tal vez nos encontramos para aventurarnos a crear cosas nuevas, iniciativas, planes, proyectos con un espíritu abierto a las nuevas exigencias de la inculturación del evangelio en nuestro país y en el mundo. Nada más perjudicial para una acción pastoral que acostumbrarnos a lo que ya tenemos y estamos haciendo, y dejarnos estar. Daña la caridad pastoral que ha de caracterizar al pastor (obispo, sacer-

dote) y afecta negativamente también a la comunidad de los fieles.

La conversión pastoral debe darse en un contexto de comunión. La Iglesia ha nacido desde la comunión en la Trinidad y para vivir en comunión. La Iglesia es, en efecto, «una», además de santa, católica y apostólica. Por tanto, «la vocación al discipulado misionero es convocación a la comunión en su Iglesia. No hay discipulado sin comunión» (DA 156).

Los obispos, sacerdotes y diáconos está llamados a ejercer su ministerio de «maestros de la palabra», por lo que anhelamos que este material sea de utilidad para enseñar a los fieles la necesidad de una conversión pastoral para vivir en comunión. No es suficiente entregar este material a los laicos para que ellos por su propia cuenta lo lean. Sino que es necesario que cada pastor se reúna con sus principales colaboradores laicos y lea con ellos. Sólo después, enviarlos a ser multiplicadores de lo aprendido. Esto supone dedicar tiempo. Pero será ya una demostración de que efectivamente deseamos una conversión pastoral en la acción, no sólo en las palabras.

Expresamos nuestro profundo agradecimiento a los miembros de la Comisión Episcopal de Pastoral, por su generoso empeño en trabajar y entregarnos este nuevo material de la Misión Continental Permanente en nuestro país. El Señor dador de todo bien, retribuya abundantemente su disponibilidad y gran amor a la Iglesia.

Y que el testimonio de grandes pastores paraguayos que han entregado toda su vida por sus ovejas, como Monseñor Juan Sinforiano Bogarín, P. Julio César Duarte Ortellado, y muchos otros, nos inspiren a emprender con decisión esta conversión pastoral, seguros de contar con la intercesión de nuestra Madre María Santísima y de San Roque González de Santa Cruz.

Juan Bautista Gavilán Velázquez

Obispo de Cnel. Oviedo Responsable de la Comisión Episcopal de Pastoral

ntroducción

on este Subsidio 3, «Una conversión pastoral para una Iglesia en comunión», cuyo objetivo es, introducirnos en la realidad actual de nuestra tarea evangelizadora y, reflexionar juntos sobre las estructuras, tanto de convivencia como de emprendimiento pastoral, para darnos cuenta de que «algo nos está faltando siempre» para que nuestra fe cristiana verdaderamente tenga una resonancia efectiva dentro de las estructuras de nuestro mundo actual, así como nos lo denuncian nuestros obispos en Aparecida. Los delicados temas de este material son ya el resultado del impacto que va causando la implementación de la Misión Continental Permanente en nuestro país. Todas estas reflexiones, tanto doctrinales, pastorales, como críticas, forman parte del proceso de la Misión.

Esta Misión nos va abriendo los ojos de la fe para ver nuestra realidad y, a partir de ahí, escuchar los susurros de la voz del Espíritu para saber entender la voluntad de nuestro Dios para con su Iglesia y nuestra sociedad actual, así poder encarar la urgente acción pastoral, con la renovación correspondiente.

Por eso, es importante tomar conciencia de que entrar en el dinamismo de una misión permanente, en esta etapa, supone un proceso pedagógico con un itinerario pastoral en el que podamos formar el corazón del discípulo misionero en todos nosotros: bautizados, confirmados y ordenados para el ministe-

rio sacerdotal así como aquellos y aquellas que han recibido una especial consagración. Estamos llamados a caminar juntos por este itinerario de la Misión Continental, sin apresurarnos demasiado, ya que es un proceso lento que implica un tiempo de mayor maduración. Y desde el punto de vista del discipulado misionero es muy notoria la exigencia de una conversión pastoral, es decir, de una audacia de hacer más evangélica, discipular y participativa, la manera como pensamos y realizamos la pastoral. Implica mayor apertura para escuchar la necesidad de nuestra gente y saber responder a su expectativa desde la luz del Evangelio.

Aparecida afirma que: Esta firme decisión misionera debe impregnar todas las estructuras eclesiales y todos los planes pastorales de diócesis, parroquias, comunidades religiosas, movimientos y de cualquier institución de la Iglesia^[1]. Esto requiere...una evangelización mucho más misionera, en diálogo con todos los cristianos y al servicio de todos los hombres^[2], e implica escuchar con atención y discernir lo que el Espíritu está diciendo a las Iglesias (Ap 2, 29) a través de los signos de los tiempos en los que Dios se manifiesta^[3].

En nuestra realidad paraguaya actual, es evidente que necesitamos una Iglesia aún más dinámica y participativa que esté presente allí donde sus hijos la necesiten, que sepa responder en forma efectiva a las expectativas de nuestra sociedad actual, que dé luz, estímulo y frutos abundantes en las circunstancias emergentes. Es así que, se hace necesario entonces optar por un proceso de renovación para construir una Iglesia misionera; y dar prioridad a la actitud de escucha, de diálogo y acogida. Aparecida es muy enérgica cuando pide una conversión pastoral como paso de una pastoral de mantenimiento a una pastoral misionera [4]. La frase parece sencilla, pero incluye en sí muchos cambios y desafíos pastorales.

^[1] DA 365.

^[2] DA 13.

^[3] DA 366.

^[4] Cf. DA 370.

¿Qué es lo que nos pide el Documento de Aparecida, cuando habla de superar la pastoral de conservación y de mantenimiento, de las estructuras desfasadas, a través de una conversión pastoral y de un recomenzar con más énfasis, el camino de la comunión eclesial que es esencial dentro de la evangelización?

A continuación, una breve catequesis sobre estos temas para tomar conciencia sobre nuestra misión como miembros de la única Iglesia de Jesucristo.

Objetivos de los materiales de la Misión Continental Permanente en el Paraguay, ya publicados:

Para una mejor comprensión del proceso que estamos siguiendo, es necesario tener presente los objetivos de los materiales ya elaborados de la Misión Continental Permanente en el Paraguay. A saber:



- 1. Orientaciones para la Misión Continental Permanente en el Paraguay: Presentar un documento explicativo básico de motivación, animación y orientación;
- 2. Subsidio 1: «Catequesis sobre el Sacramento de la Reconciliación y sobre el compartir»: Introducirnos ya en la práctica de los primeros pasos de la Misión, que son la conversión y la solidaridad:
- 3. Subsidio 2: «Guía para la formación integral, kerigmática y Permanente, y perfil del Discípulo Misionero. Significado del Icono de la Misión»: Presentarnos una catequesis sobre el significado y el alcance de la formación del misionero que no debe reducirse a uno o dos aspectos de la persona, sino que debe abarcar todas sus dimensiones, es decir: humana y comunitaria, intelectual y doctrinal, espiritual y pastoral.



Consideraciones Previas

Es importante recordar que, en esta tarea de llevar adelante la Misión Continental Permanente en el Paraguay, la Comisión Episcopal de Pastoral está trabajando en coordinación con los Vicarios Pastorales de las Diócesis y Vicariatos de nuestro país. En vista de que éste es un trabajo que implica un proceso lento para cambiar primero, nuestra mentalidad a cerca de la misión y, segundo, nuestra forma de encarar la Nueva Evangelización, por eso, hay que cuidar que no se dé apresuramiento indebido, exigiendo ya recetas pastorales con acciones claras y concretas para salir a misionar. De alguna manera

debemos calmar esa ansiedad operativa que está surgiendo entre los Agentes de Pastoral.

Es tarea fundamental tomar el tiempo para entender la esencia y razón de ser de la Misión Continental Permanente y la necesidad de la adecuada formación del discípulo misionero.

En el material «Orientaciones para la Misión Continental Permanente en el Paraguay», habíamos señalado que corresponde a cada Diócesis llevar adelante este gran emprendimiento, de acuerdo a su iniciativa y creatividad, teniendo en cuenta su propia realidad diocesana.

iglas

AA: Apostolicam Actuositatem.

ChD: Christus Dominus.

DA: Documento de Aparecida.

EAm: Eclessia in America.

EN: Evangelii Nuntiandi.

FC: Familiaris Consortio.

GS: Gaudium et Spes.

LG: Lumen Gentium.

NMI: Novo Millennio Ineunte.

SD: Santo Domingo.

UUS: Ut unum sint.

ibliografía

La Biblia.

Catecismo de la Iglesia Católica.

Documentos del Concilio Vaticano II.

CELAM. Documento de Aparecida, 2007.

CELAM. Documento de Santo Domingo, 1992.

CEP. Manual de Orientaciones para la Misión Continental Permanente en el Paraguay, 2009.

CEP. Habla Señor, que tu Iglesia escucha. Líneas Comunes de Acción Pastoral para la Iglesia en el Paraguay. Litocolor, Asunción 2007.

CEP. Subsidio 2: Guía para la formación integral, kerigmática y permanente, y perfil del discípulo misionero. Asunción, Diciembre del 2009.

Carta Apostólica Novo Millennio Inneunte, de Juan Pablo II.

VALADEZ FUENTES, Salvador. *Espiritualidad Pastoral*. Paulinas, Bogotá-Colombia 2005.

BOFF, Leonardo. La trinidad, la sociedad y la liberación. Paulinas, Bs As, 1986.

RAMOS, Julio A. Teología Pastoral. Sapiencia Fidei, BAC, Madrid 2004.

KEHL, Medard. La Iglesia, eclesiología católica. Sígueme, Salamanca 1996.

RUIDOR, Ignacio. La Iglesia de Dios, Iglesia de los hombres (Vol I). Sal Terrae, Madrid 1972.

LOSADA, Joaquín. La Iglesia, Pueblo de Dios y Misterio de Comunión, Sal Terrae, (1986).

Pastoral de de Mantenimiento

reemos que es de vital importancia que el cristiano, como discípulo y misionero de Jesucristo, se vaya formando en la doctrina cristiana para ser consciente de la realidad que vive nuestra Iglesia en este preciso momento de su historia. Por eso, en este tiempo de formación permanente en el ámbito de la Misión Continental, proponemos este tema espinoso y crítico de nuestra realidad eclesial: la pastoral de mantenimiento.

Veremos primeramente qué se entiende por «pastoral» y luego, qué significa «mantenimiento», esperando sirva para reavivar el calor de la responsabilidad de todos los hijos de Dios hacia una esperanza de cambio, como un gran desafío dentro de la evangelización actual.

a. ¿Qué entendemos por pastoral? (*)

Aquí podemos definir sencillamente la pastoral como la proyección, organización, práctica y acción de la evangelización en la vida de la Iglesia. Es la forma cómo pensamos, planificamos y operamos en la Iglesia en el trabajo de la evangelización que no es otra cosa que ofrecer la buena noticia a nuestra realidad actual, una oferta de vida

(*) Etimológicamente, el término «pastoral» deriva de pastor. Pero es una palabra cuyo significado ha variado continuamente en el correr de los últimos dos siglos, ampliando cada vez más su radio de acción: se ha referido primero al trabajo de los pastores, después a las tareas intraeclesiales, por último, al diálogo con el mundo y al compromiso por el cambio de sus estructuras^[5]. Es importante señalar que el cambio del concepto, de manera progresiva, se debió a la adecuación de la mentalidad eclesial con la realidad en la que estaba insertada. A partir del Concilio Vaticano II, el término Pastoral se describe como el Ministerio de la Iglesia, Pueblo de Dios, que bajo el impulso del Espíritu Santo, actualiza la praxis evangelizadora de Jesús, en orden a la autoedificación de ella misma y la extensión del Reino de Dios [6].

^[5] Cuando decimos «estructura» queremos significar las formas concretas de organizarse con miras a realizar actividades con orden y eficacia. Así podemos hablar de estructura pastoral, estructura social, estructura política... etc., para resaltar cómo están organizados en orden a sus objetivos.
[6] VALADEZ FUENTES, S. Espiritualidad Pas-toral. Paulinas, Bogotá-Colombia 2005, 22.

plena para el hombre de hoy: una vida más digna en Cristo^[7]. Su finalidad es la conversión y la transformación de la realidad.



También es importante aclarar que cualquier emprendimiento pastoral de la Iglesia incluye a todos los bautizados, no sólo a los pastores de la Iglesia o jerarquía eclesiástica (Obispos, Presbíteros, Diáconos...) sino que abarca a todos los hombres y mujeres de las distintas edades y generaciones.

La tarea de la pastoral es delimitar objetivos, tareas, actitudes, prioridades y sistemas organizativos eclesiales. Su quehacer es un servicio, pero la práctica concreta es obra de todos y los distintos ministerios, ya sea de laicos como de consagrados, tienen un importante papel en las decisiones que se han de tomar.

b. ¿Qué entendemos por «mantenimiento»?

Se refiere a la acción de conservar en buen estado una cosa que se está haciendo. Es perseverar en una acción o posición; no variar de estado o resolución. Significa, en sentido de reflexión crítica, falta de cambio y de innovaciones en nuestra forma de ver, pensar, valorar, proyectar, actuar y evaluar; es conformarse con lo que se tiene y con lo que se hace.

Es importante señalar que en muchas ocasiones y para ciertas cosas, por su misma condición y efectividad esperada, el simple mantenimiento ya no alcanza, entonces lo que se necesita es

^[7] Cf. DA 361: «Por eso, la doctrina, las normas, la orientaciones éticas, y toda la actividad misionera de la Iglesia, debe dejar transparentar esta atractiva oferta de una vida más digna, en Cristo, para cada hombre y para cada mujer de América Latina y de El Caribe».

un cambio porque algunas cosas ya no funcionan como deberían hacerlo, porque en esas condiciones simplemente ya no producen el efecto deseado. Ej: el vehículo... una cosa es su mantenimiento y otra es su reparación... a veces el simple mantenimiento de un vehículo no es la solución porque lo que necesita para funcionar bien es una renovación de alguna de sus partes, cambiar los repuestos que sean necesarios.

c. Y... ¿qué es la Pastoral de mantenimiento?

Consiste en anclarse en lo establecido, es hacer alianza con lo que ordinariamente se va haciendo sin tener en cuenta la eficacia de su resultado dentro de la evangelización.

Es conformarse con lo poco que se tiene y se va haciendo en todas las áreas de la pastoral de la Iglesia. Es permanecer en la práctica de la pastoral tradicional. Es no querer salir del límite de nuestras acciones habituales y preestablecidas.

Sin embargo, es necesario reconocer que, a veces en la pastoral es más importante lo no establecido como el caso del Buen Samaritano (Lc 10, 25): el sacerdote y el levita no pudieron salir del límite de sus actitudes preestablecidas, por eso, dejaron de hacer una gran obra de caridad que Dios le gritaba a través del prójimo herido y necesitado, mientras que el samaritano sí, salió de lo habitual para asistir oportuna y efectivamente a la cita de la caridad y de la solidaridad reflejada en el rostro de aquel sufriente hermano. Por eso, habíamos dicho en el Subsidio 2 que a ejemplo del Buen Samaritano el misionero está llamado a bajarse de su cabalgadura, servir efectiva y oportunamente al que lo necesita en medio de la sociedad, sin postergar esa oportunidad de hacer el bien al prójimo porque él es nuestro lugar de cita con Dios^[8]

^[8] CEP. Subsidio 2: Guía para la formación integral, kerigmática y permanente, y perfil del discípulo misionero. Asunción, Diciembre del 2009, 19-20.

La Pastoral de mantenimiento es también reflejo de que hay miedo y resistencia al cambio por aferrarse a la seguridad de lo habitual, de lo viejo; miedo a perder lo poco que aún tenemos dentro de la Iglesia y que en otras partes del mundo ya no existe (sobre todo en comparación con los países europeos); un ejemplo concreto de ello es el asombrarse y conformarse con la estadística de los bautizados y confirmados de cada año, sin preocuparse verdaderamente de la pérdida de sentido y efectividad que estos sacramentos están teniendo para la comunidad. De ahí que, la Pastoral de mantenimiento es también desconfianza a lo que va a venir (innovación), es incredulidad al cambio que sacudiría nuestros estantes de costumbre.

Algunos ejemplos bíblicos esclarecedores, al respecto:

- Jesús y la samaritana (Jn 4, 1-30): la actitud de duda y desconfianza que manifestó la mujer frente a Jesús: «¿ Eres acaso, más poderoso que nuestro antepasado Jacob, que nos dio este pozo...?»
- La desconfianza de Sara, esposa de Abraham (Gen 18, 9-15): ante la noticia de que van a salir del conformismo habitual de vivir sin hijos en la ancianidad, «Sara se rió» (v.12)^[9].
- En la Anunciación (Lc 1, 26-38), María también en un primer momento tiene una pizca de duda ante la propuesta de Dios: «¿Cómo podré ser madre si no tengo relación con ningún hombre?».
 La respuesta de Dios, a través del Ángel, siempre es lo mismo: «para Dios nada es imposible».

El resultado de estos ejemplos debe impulsarnos a la alegría ante el cambio que se avecina y a la esperanza ante las nuevas propuestas de Dios para con

^[9] En la Biblia, el mismo nombre de Sara se parece al verbo «re/r» en idioma hebreo. Ella se rió con desconfianza por la propuesta del cambio que iban a tener en su ancianidad con la presencia de la novedad de un hijo prometido por Dios. Pero Dios les dijo: «¿hay algo imposible para Yavé?» (v. 14).

nuestra situación actual que ya no merece ser postergada.

Pastoral de mantenimiento significa entonces mantener lo mismo de siempre, sin innovaciones ni creatividad en la acción pastoral. Es vivir la vida sacramental sin profundización y sin ningún compromiso (sacramentalismo, se prioriza la celebración de los sacramentos y la conservación de formas y ritos).

Es vivir nuestra práctica religiosa sin mayor interés que el del simplemente cumplir con lo mínimo que se nos exige como cristianos, y estar ya satisfechos con ello, e incluso esperando un máximo resultado; ej: el Joven rico (Mc 10, 17-22), «Maestro, todo esto lo he practicado desde muy joven», es la famosa respuesta de que «ya lo he cumplido todo» (porque ya recibí el bautismo, la confirmación, la eucaristía, me confieso de vez en cuando, me casé por Iglesia... etc.); frente a eso, Jesús le propone: «anda, vende todo lo que tienes... después, ven y sígueme»; en otras palabras, que siga hoy mismo por otro camino, que adopte otra manera de ser más

libre y que no se contente con lo que está haciendo, que sea seguidor e imitador suyo, para convertirse así, en verdadero discípulo y misionero suyo. Es la misma propuesta que hoy Jesús, a través de su Iglesia, nos quiere presentar en esta Misión Continental frente a la práctica religiosa de mantenimiento y conservación que habitualmente estamos viviendo.

Podemos citar algunas consecuencias de esta práctica de la pastoral de mantenimiento:

La monotonía: es considerar que todo lo que se hizo hasta ahora está bien. Nada tiene que cambiar. No hay cuestionamiento profundo de parte del cristiano que simplemente se conforma con recibir y dar. No hay motivación. No hay algo novedoso ni atrayente, todo es frío y tedioso. Se nota también en nosotros, como Agentes de Pastoral, una actitud de conformismo ante los tópicos vigentes, una aceptación acrítica de modas intelectuales o pastorales que, allá en el fondo, hace relucir la manifestación de una especie de autosuficiencia en creer que ya se sabe todo y que ya se hizo todo, con la «certeza absoluta» de que seguir así es estar en la verdad. «Péa péchande voi yma guive, nde pyahú guinde la ndere pillapai hina, angante reicuaapata».

Frente a esto, nos dice Aparecida: «La Iglesia necesita una fuerte conmoción que le impida instalarse en la comodidad, el estancamiento y en la tibieza, al margen del sufrimiento de los pobres del Continente... Esperamos un nuevo Pentecostés que nos libre de la fatiga, la desilusión, la acomodación al ambiente; una venida del Espíritu que renueve nuestra alegría y nuestra esperanza».[10]

 La falta de incidencia de nuestra fe en el mejoramiento de nuestro entorno tanto personal, familiar como social. Esta práctica es la que nos lleva a vivir siempre una vida de fe infantil sin dinamismo y vitalidad, la que nos hace caer en el divorcio entre la fe y la vida pública que tanto ya se nos ha criticado.



Un ejemplo de ello es que el Paraguay es un país mayoritariamente católico, pero al mismo tiempo, según la estadística mundial, es uno de los países más corruptos del mundo entero. ¿Será que cristiano-católico es sinónimo de corrupción y de injusticia? Entonces, hay algo que no funciona dentro de nuestra práctica de fe, dentro de nuestra pastoral y que definitivamente ya es el tiempo

de renovar lo que sea necesario, porque esta pastoral de mantenimiento no es la propuesta más eficaz para este tiempo que hoy nos toca vivir.

¿Cuáles son algunas de las acciones pastorales que no dan el resultado esperado dentro de nuestra expectativa actual? Aquí citamos algunas que nos pueden servir de ejemplo para nuestra reflexión:

- Exceso de planificación y falta de atención a las personas.
- Nos falta una mirada más incisiva a la Palabra de Dios y a las necesidades del hombre.
- Mucho acartonamiento (sequedad) ritual, sacramental, catequético y poca mística, (por eso, en ocasiones escuchamos decir a la gente: «iséco la ñande celebración», «nda igustoi la ñande actividad»).
 Puro formalismo que no lleva a la conversión.
- Demasiada pedagogía y poca experiencia de fe.

- Hablamos mucho de nosotros y poco de Dios.
- La fe reducida a moral, sobre todo de prohibiciones. Preferimos hablar de ética en vez de Dios. Igual pasa en nuestras universidades católicas en donde fácilmente se prescinde de la enseñanza de teología para dar énfasis a la ética.
- de mucha gente, la presencia de la Iglesia en las instituciones católicas: escuelas, colegios, universidades, etc., es muy limitada e ingrávida y no tiene efectividad real para el bien público de nuestra sociedad porque la mayoría de sus egresados, que hoy ostentan algún poder, no son los más calificados. Falta darle mayor importancia y asistencia con una buena planificación y decisión pastoral.

Ahora vamos a terminar esta parte, con una serie de preguntas que nos pueden ayudar en nuestra reflexión sobre las estructuras de pastoral de mantenimiento que tenemos que ir renovando de a poco. De hecho, corresponde a cada Iglesia particular, ver lo que necesita cambiar y qué es lo que hay que guardar. Aquí sólo se mencionan a modo general.

Algunas preguntas para la reflexión

- 1. A nivel de los fieles: ¿qué es lo que tenemos que superar para irradiar un nuevo espíritu, una vivencia de fe más atractiva y atrayente? ¿Qué nos falta para que nuestra práctica de fe no se quede sólo en los templos, sino que incida en todas las circunstancias, decisiones y emprendimientos humanos?
- 2. A nivel de los movimientos y comunidades: Aparecida nos pide «Necesitamos que cada comunidad cristiana se convierta en un poderoso centro de irradiación de la vida en Cristo» [11]. ¿Qué es lo que falta a nuestros grupos, movimientos, comunidades para que puedan reflejar esa vida de Cristo? ¿Qué tenemos que hacer para que verdaderamente seamos eficaces en el mejoramiento de las estructuras actuales?
- 3. A nivel de los consagrados: ¿Cuáles son las acciones que deben llevarnos a una vida de mayor entrega a Dios y a su Iglesia? ¿Cómo debemos hacer para suscitar en los Agentes un «dinamismo nuevo» que inyecte savia nueva al ministerio que realizan? ¿Cuál es la estrategia a utilizar para que la voluntad de Dios reine en cada una de nuestras vocaciones?
- 4. A nivel de estructura pastoral en nuestra Parroquia, Diócesis, Conferencia Episcopal: ¿Qué es lo que tenemos que hacer para que estos lugares de la práctica pastoral sirvan como un campo magnético para atraer a la gente hacia esa vida de Cristo? ¿Cómo vamos a superar la vieja y desfasada pastoral «sin alma»?

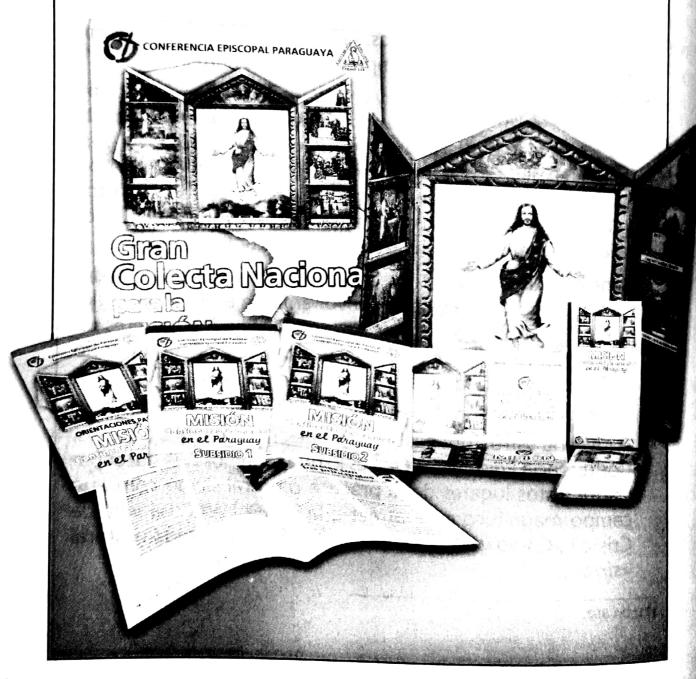
	- 1	-	202
11	П	DA	362

Documentos de la

MISIÓN

Continental Permanente en el Paraguay

ya publicados por la Conferencia Episcopal Paraguaya



Conversión Pastoral

espués de reflexionar sobre la marcha de nuestra estructura actual de evangelización, en todas sus dimensiones, necesariamente aparece el interpelante tema de la CONVERSIÓN PASTORAL. Por eso, no podemos dejar pasar esta oportunidad para analizar juntos qué caminos debemos emprender para que nuestra misión tenga el efecto deseado por Quien nos envía.

La Conversión Pastoral aparece como la expresión y la consecuencia de nuestra conversión cristiana, implica siempre una lucha contra el mal, el pecado y la tentación. Ya en Santo Domingo, nuestros obispos afirmaban que «la Nueva Evangelización exige la conversión pastoral de la Iglesia»[12], y en Aparecida lo vuelven a afirmar con mayor énfasis aún, por la necesidad del momento. Pero, ¿qué es lo que se quiere significar con la llamada Conversión Pastoral? ¿Cuáles son sus implicancias y objetivos? Y como discípulos y misioneros de Cristo, ¿qué actitudes debemos tomar al respecto?

La Conversión Pastoral consiste en la audacia de hacer más evangélica, discipular y participativa, la manera como pensamos y realizamos la pastoral.

Según Aparecida, los Obispos, presbíteros, diáconos permanentes, consagrados y consagradas, laicos y laicas, estamos llamados a asumir una actitud de permanente conversión pastoral, que implica escuchar con atención y discernir «lo que el espíritu está diciendo a las Iglesias» (Ap 2, 29) a través de los signos de los tiempos en los que Dios se manifiesta [13]. Aclaremos el por qué de esos tres adjetivos calificativos de la definición:

- evangélica: significa ofrecer la buena nueva de Dios de forma más atrayente al hombre de hoy, en su realidad actual;
- discipular: el que escucha y acepta esa buena nueva se convierte en un seguidor de

a. Definición de la Conversión Pastoral

^[12] SD 30.

^[13] DA 366.

Dios, pasa de la actitud de indiferencia u hostilidad a una actitud de interesado, preocupado, seguidor y consecuente;

participativa: el que auténticamente sigue ya tiene ese sentido de pertenencia y responsabilidad frente al proyecto del Reino, considera al otro como hermano y se aglutina en comunidades, no se esconde en el cascarón de su individualismo ni en la sombra de las masas, sino que participa activamente en la vida, tanto civil como religiosa, de su comunidad.

La Conversión Pastoral consiste fundamentalmente entonces en la firme decisión, tanto a nivel personal como comunitario, de estar siempre en marcha, bajo la guía del Buen Pastor, buscando y poniendo los medios necesarios para realizar el ministerio pastoral según el Espíritu de Jesús y no según las modas del momento, ni según de nuestros gustos o caprichos. Tal conversión afecta la totalidad de nuestro ser: modos de pensar, sentir y actuar; así como el ser y actuar de toda la Iglesia.



Sin lugar a dudas, Aparecida es la gran oportunidad de replantearnos la misión de la Iglesia. Estamos viviendo un cambio de época. Hay signos esperanzadores. Está resurgiendo la sed de Dios: hay un anhelo de lo espiritual. El problema está en que, la forma cómo vive, trabaja y se proyecta hoy la Iglesia muchas veces no satisface a esa necesidad y anhelo emergente. Por tanto, es necesario replantearnos una conversión pastoral. Es preciso revisar si estamos manifestando el amor del Padre en este cambio de época. Por eso, es importante considerar algunas de sus implicancias.

b. Implicancias de la Conversión Pastoral

La Conversión Pastoral es la actualización de la estructura pastoral. Es convertir las estructuras pastorales en instrumentos de crecimiento de la vida cristiana, de conversión permanente, y de ayuda a ser protagonista de la vida eclesial.

Es necesario aclarar que no es la conversión de los pastores, solamente, sino que es algo que toca a todos: una llamada de conversión de las personas, los métodos y medios de acción, los modelos o paradigmas y de las estructuras. Indiquemos alguna idea acerca de cada uno de los receptores de esta llamada de conversión:

 De las personas: la causa más frecuente de los fracasos en la pastoral es la falta de conversión de los Agentes; el problema del cambio pastoral en las personas es muy complejo, ya que afecta su núcleo vital más profundo: mentalidad, criterios,

- actitudes, hábitos, valores, relaciones, opciones, conducta.
- De las estructuras: la conversión en esta área exige desechar las que no sirven, modificar las que no están funcionando bien y, si fuera el caso, crear nuevas estructuras que cumplan mejor con su cometido.
- De los métodos y medios: la conversión exige en urgencia revisarlos permanentemente, a fin de optar por aquellos que mejor respondan a los objetivos de la pastoral de nuestro tiempo. De ahí que la conversión pastoral implica, entonces, actitudes fundamentales como humildad, apertura y disponibilidad. La humildad de reconocer los errores y pecados; la apertura de dejarse interpelar por los signos de los tiempos, y la disponibilidad para modificar conductas, actitudes, mentalidad, proyectos, métodos, estructuras, etc.[14]

Implica reconocer, valorar y asumir el acontecimiento de la Encarnación histórica de Cristo para salvar al hombre concreto e integral, por mandato del Padre^[15]; y creer profundamente el anuncio de Cristo, de que el Reino de Dios se encuentra en medio de nosotros, sobre todo creer que a mí me está llamando Dios para manifestar el amor y ser testigo del amor, sí o sí debo sentirme involucrado.

Implica tener conciencia de la propia misión dentro de la misión de la Iglesia: conscientes de que en ella «hay variedad de ministerios, pero unidad de misión»^[16]; en otra expresión, es tener sentido de pertenencia a la Iglesia de Cristo, por nuestro propio bautismo, y como tales, llamados a adueñarnos no sólo de nuestros derechos dentro de ella, sino de nuestras obligaciones y responsabilidades para su mejoramiento día a día.

Implica pasar a una pastoral misionera: salir de nuestros templos, ir en busca de los alejados, incentivar a la gente, no esperar que vengan... navegar mar adentro. Remar mar adentro es asumir una pastoral sin fronteras, donde se hace camino al andar con la asistencia del Espíritu.

Somos conscientes de que en esta situación en la que estamos, la Iglesia necesita transformar sus estructuras y orientarlas para que sean misioneras.

Ya no podemos estar en una atención clientelar, que venga el 'cliente', el fiel, sino que tenemos que tener iniciativas estructurales para ir hacia donde nos necesitan, hacia donde no han escuchado la buena nueva del Reino, hacia quienes, deseándolo y anhelándolo, no van a venir hacia las formas tradicionales que tenemos de trabajar.

Revisar la vida interna de la Iglesia y luego salir hacia el mundo como la madre que sale a buscar a sus hijos dispersos y como el Padre que sale gozoso a abrazar al hijo que vuelve (Cf Lc 15, 20). La conversión pastoral es hacer de una Iglesia clientelar, una Iglesia misionera^[17].

También somos conscientes de que el llamado a la conversión implica cambios dolorosos, rupturas, renuncias e incluso cri-

^[15]CEP. Manual de Orientaciones para la Misión Continental Permanente en el Paraguay, 2009, 10.

^[17] Según Aparecida, significa "pasar a una pastoral decididamente misionera" (DA 370).

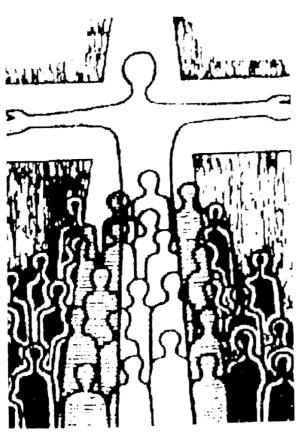
sis. Como expresión de la conversión cristiana, la conversión pastoral es siempre una lucha contra el mal, el pecado y la tentación, que necesariamente implica tomar decisiones difíciles y comprometedoras. Estar dispuestos a cambiar es estar dispuestos a dejar que la Palabra inunde nuestro sentir y nuestro actuar; y a nivel eclesial, es estar dispuestos a dejar que el Espíritu Santo nos lleve por donde Él considere conveniente, aunque eso signifique desprenderse de modelos, métodos y estructuras a los que estamos acostumbrados o a los que nos hicieron acostumbrar.

c. Objetivos de la Conversión Pastoral

Esta conversión pastoral tiene, en el planteamiento de Aparecida, unos objetivos bien definidos que quiere lograr. Veamos cuáles son:

 «Esta firme decisión misionera debe impregnar todas las estructuras eclesiales y todos los planes pastorales de diócesis, parroquias, comunidades religiosas, movimientos, y de cualquier institución de la Iglesia» [18]

¿Qué significa esto? Significa que no hay parte ni porción de la Iglesia que no quede afectada por la conversión pastoral y la renovación misionera. La propuesta debe impregnarlo todo, como un agua viva que moja, pero no sólo exteriormente, sino que empapa, llegando a la médula de los hombres y mujeres, a la médula de las planificaciones, a la médula de las estructuras eclesiales. Así se trate de una enorme Diócesis o de una pequeña comunidad eclesial de base, todos se ven afectados, porque la misión es responsabilidad de la totalidad del Pueblo de Dios, receptor de la vida en Cristo y transmisor de la misma. Aquí juega un papel importantísimo la tarea de animación misionera, con el objetivo de despertar en los bautizados la conciencia de comunión misionera, de relación íntima tanto con la catequesis de la parroquia como con los misioneros desconocidos en tierras extranjeras. Una constante animación misionera redundará en mayores vocaciones a la actividad ad gentes, al aumento de la cooperación espiritual y económica para el sostén de las misiones, en que las comunidades sean más participativas y más acogedoras, en que haya procesos reales de inculturación y preocupación por acceder a los espacios donde aún la Iglesia no ha hecho patente su mensaje. ¿Cómo hacer que todos los hombres reciban el Evangelio si no toda la Iglesia es misionera?



El hombre de hoy necesita urgentemente que la salvación
llegue a su mundo de trabajo,
de diversión, de convivencia y
en todas las circunstancias e instituciones donde despliega su
actividad. Todo su entorno se
convierte así en una tierra de
misión, donde inexorablemente se debe expandir las semillas
del Reino. Pero ese trabajo requiere de la participación activa
de todos los cristianos, «porque
la mies es mucha pero los trabajadores son pocos» (Mt 9,37).

2. «Ninguna comunidad debe excusarse de entrar decididamente, con todas sus fuerzas, en los procesos constantes de renovación misionera»^[19].

¿Qué significado tiene esto para nosotros? La renovación misionera es un proceso, no sucede como un corte transversal que elimina todo lo «viejo» y trae cosas absolutamente nuevas. El proceso implica el cambio gradual, pero firme, que analiza lo que está sucediendo actualmente en nuestra fe cristiana para rescatar lo bueno y elimi-

nar lo no tan bueno, suplantándolo por algo mejor. Es una tarea de discernimiento comunitario, donde la prioridad está en los receptores de la evangelización, bajo la pregunta sobre qué es lo mejor para ellos, cuál es la mejor manera de transmitirles el Evangelio, cuáles son los lenguajes adecuados para cada cultura.

El proceso no puede realizarse sectorizado, determinando un área parroquial misionera y las demás estancadas en su pastoral de conservación, sino que el completo de la Iglesia debe animarse a la misión, reflejando al mundo su vida de comunión y el deseo de hacer partícipe a todos de esa vida. Así mismo, el proceso de renovación es constante, nunca acaba, y más profundidad adquirirá en la medida en que mayor sea la relación del Pueblo de Dios con la Palabra que lo interpela.

El objetivo está en que la comunidad que ha sido evangelizada se convierte después en evangelizadora: donde queden hombres y mujeres profundamente enamorados de Jesucristo, que lo proyectan hacia fuera, lo comparten con sus vecinos, con la misma alegría de la mujer que encontró su única moneda perdida (Cf. Lc 15, 8); Misioneros que comparten la alegría del encuentro con Jesús hermano y amigo, que nos amó y nos ama, aún en nuestras debilidades.

Aquí, vamos a reiterar con mucho énfasis lo que habíamos afirmado ya en el primer material de orientación:

«Absolutamente todos los que pertenezcan a la Iglesia de Cristo, por su propio bautismo, son llamados a esta Misión Continental en nuestro país y a asumir todo su proceso» [20]

3. «Abandonar las estructuras caducas que ya no favorezcan la transmisión de la fe»[21].

Cuando hablamos de estructuras nos estamos refiriendo a las formas concretas de organizar-

^[20] Cf. CEP. Orientaciones para la Misión Continental Permanente en el Paraguay. Litocolor SRL, [21] DA 365.

se con miras a realizar actividades con orden y eficacia. Las estructuras son imprescindibles en toda institución, tanto social como eclesial. En el ámbito eclesial, su función primordial es facilitarle el camino al Espíritu, servir a la comunión y promover una participación activa y eficaz de los miembros de la Iglesia.

Lamentablemente, y por más doloroso que resulte asumirlo, nuestra Iglesia cuenta con estructuras caducas, vencidas para esta época, estructuras que ya no permiten la transmisión de la fe, sino que la ralentizan (retrasan) y hasta obstaculizan; estructuras que ya no producen la comunión ni promueven la participación de todos sus miembros. La conversión pastoral y renovación misionera, sin dudas, son una llamada a juzgar evangélicamente las estructuras y modificarlas, de ser necesario, inclusive eliminándolas cuando el juicio evangélico así lo disponga.

Una conversión pastoral en el ámbito de las estructuras, como ya lo hemos dicho más de una vez, exige desechar las que ya no sirven, modificar las que no están funcionando bien y, si fuera el caso, crear nuevas estructuras que cumplan mejor con su cometido.

La renovación es movimiento, es vida, y la transmisión de la fe también es movimiento y vida, por ende, la quietud o estancamiento no hacen más que detener la cadena de la fe que se comunica con dinamismo de boca en boca, de acción en acción, de mirada en mirada, de catequesis en catequesis, de liturgia en liturgia, de acción social en acción social. Las estructuras que ayer transmitían la fe, quizás hoy ya no lo hacen, y permanecer en ellas por el sólo capricho o terquedad de no cambiar, o por la inocente concepción de que la transformación de lo tradicional es una especie de pecado, no es en absoluto interpretar los signos de los tiempos.

Aparecida propone un cambio, cambiar es difícil y tiene sus secuelas, pero no hay que tener miedo «porque para Dios nada es imposible» (Lc 1, 37). Si verdaderamente creemos que el Espíritu Santo ha inspirado a

los Obispos en la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, creemos que es Él quien nos impulsa a esta misión en nuestro país, quien nos está solicitando un cambio, quien grita a viva voz que no nos interpongamos a la Palabra y al Espíritu del Padre, sino más bien que seamos como «una voz que grita en el desierto: preparen el camino del Señor» (Mt. 3, 3).

Algunas estructuras caducas

Con mucha sinceridad debemos reconocer que nuestra Iglesia sigue anclada en algunas estructuras centenarias, cada vez más desfasadas y menos eficaces. Nos preguntamos seriamente: ¿No serán éstas, algunas de las estructuras caducas para nuestra actualidad?:

- La metodología pastoral basada en el sacramentalismo, sin ningún compromiso cristiano.
- Cursillos preparatorios para la recepción de los sacramentos, sin espíritu eclesial, y recibidos por obligación.
- La vivencia de la comunión

- en la Iglesia, su progresivo debilitamiento.
- Poco testimonio de las comunidades cristianas, falta de solidaridad para con las situaciones de necesidad emergentes.
- Liturgia poco actualizada y sin vida, falta de incentivo y atracción para las generaciones que van surgiendo.
- Comunidades parroquiales sin espíritu crítico y adormecidas en el tiempo, poco protagonismo en la vida eclesial, social y cultural.
- Escasez de vocaciones consagradas o envejecimiento de las existentes, una Iglesia poco atrayente para que los jóvenes se decidan por una vida consagrada. Donde el celibato aparece como una de las justificaciones que despierta serias críticas y reflexiones para darle sentido a su vigencia actual, sobre todo para la mentalidad de nuestros días.
- Puro formalismo en los servicios eclesiales.
- Mentalidad tradicionalista, fanatismo estéril, «che católico ndaháinte ningo tupaópe», y como consecuencia: falta

de sentido de pertenencia y comunión.

- Clericalismo, que el sacerdote haga todo y no dé mucha participación a los laicos, o que éstos dejen todo a que el consagrado haga sin ninguna inmutación, el famoso «péa pa'i kuera rembiapo», o el «pa'íma he'i».
- El resalto de las prohibiciones y exigencias, que muchas veces, no atraen ni convierten a las personas.
- Llevar a cabo esta hermosa tarea, nos exige vivir «la espiritualidad de comunión».
 La Iglesia como una escuela permanente de comunión misionera^[22].

De allí nace la actitud de apertura, de diálogo y disponibilidad para promover la corresponsabilidad y participación efectiva de todos los fieles en la vida de las comunidades cristianas. Hoy, más que nunca, el testimonio de comunión eclesial y la santidad son una urgencia pastoral. La programación pastoral ha de

inspirarse en el mandamiento nuevo del amor, es decir, saber y aceptar en qué fuimos creados, para qué y hacia dónde estamos llamados a ser en grado absoluto.

d. Actitudes de conversión pastoral según Aparecida

- Actitud de escucha [23]: escuchar con atención y discernir. Implica mucha humildad para aceptar y reconocer situaciones y vigencias que ya no favorecen al crecimiento eclesial; al mismo tiempo que, preparar el terreno y el horizonte para las decisiones oportunas hacia el cambio tanto de mentalidades, de actitudes como de acciones.
- Apertura y diálogo [24]: Implica abrirse a la realidad y saber dialogar con la cultura reinante buscando siempre actualizar la verdad de Cristo para promover la corresponsabilidad y participación efectiva de todos los fieles en la vida de las comunidades cristianas.

^[22] DA 370.

^[23] DA 366.

^[24] DA 368.

Pasar de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera^[25]: Implica revitalizar el concepto de nuestra Iglesia como: madre que ama, comprende y sale al encuentro de sus hijos; casa que acoge en su seno, se preocupa y no excluye a nadie en orden a la salvación; y escuela donde se aprende, se vive y se respira un ambiente contagiante de unidad y comunión permanente entre todos sus miembros.

Como conclusión podemos decir que la fecundidad pastoral, en este caso, pasa por una auténtica conversión en doble vía:

- una conversión personal de mente y de corazón, renovación interior que debe reflejarse en el ser y quehacer del misionero;
- y una conversión pastoral, entendida como: apertura a las iniciativas de la Iglesia guiada por el Espíritu, creatividad en la aplicación de las estrategias para anunciar a

Cristo, preocupación por el anuncio de la Buena Nueva, vivir en plena comunión eclesial, trabajar por una reforma de las estructuras caducas (26) y poner los carismas al servicio de la unidad de la Iglesia. Pues la unidad es clave en este camino misionero: «para que todos sean uno. Como Tú, Padre, en Mí y Yo en Ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que Tú me has enviado» (Jn 17,21).

Hay que recordar que esa anhelada y esencial comunión eclesial es una de las líneas pastorales prioritarias de suma importancia dentro del proyecto de la Misión Continental Permanente en el Paraguay; por eso, a continuación, vamos a tratar de desarrollarla con la esperanza de que nuestra reflexión tenga un eco evangélico para que todos juntos podamos lograr la unidad de la Iglesia de Cristo, en todos sus ámbitos, en esta querida tierra de San Roque González de la Santa Cruz, primer misionero mártir de nuestro país.

^[25] DA 370. [26] DA 379.

Comunión Edesial



a frase que puede resumir nuestra intención, en 🕳 esta parte, es que la Iglesia es esencialmente comunión. El Concilio Vaticano II recuperó la verdadera importancia de este tema dentro de la reflexión eclesiológica, porque es algo que había estado plenamente en sus orígenes y que precedía a toda revelación y su historia. Porque la comunión dentro de la Iglesia tiene su origen en Dios mismo. El Dios que se había manifestado progresivamente a lo largo de la Revelación era un Dios de comunión que quería asociar al hombre a su mismo misterio comulgando con él. La Iglesia se comprendió a sí misma, desde sus orígenes, dentro de ese plan de salvación centrado en la comunión.

En la perspectiva de la Teología Pastoral la comunión no es solamente una de las acciones pastorales, sino el ámbito, el clima y la realidad en los que han de darse el resto de sus acciones.

El objetivo de esta reflexión es iluminar la doctrina de la comunión eclesial llevándonos al convencimiento de que, aparte de ser un gran don de la Iglesia de Cristo, es una gran tarea para cada uno de sus miembros, sobre todo aquí en nuestra realidad eclesial en el Paraguay. Nuestras expresiones pueden resultar un poco insulsas y muy doctrinales al inicio del desarrollo de este tema, pero tienen el verdadero deseo de hacernos caer en la cuenta de la importancia de cada una de las afirmaciones, como veremos al final.



El misterio de Dios como comunión que se revela

En el principio de todo lo existente está la comunión. El Dios de la fe cristiana es el Dios Uno y Trino. Un solo Dios verdadero en tres personas distintas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. El Credo de la fe cristiana ve al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo en eterna correlación, interpenetración

y amor, de tal manera que son un solo Dios uno. La unidad significa la comunión de las tres personas divinas. Por eso, en el principio no está la soledad del uno, ni mucho menos la división, sino la comunión de las tres personas divinas^[27]. Este es el misterio de Dios, un misterio de comunión en el amor.

Dios ha querido, en la plenitud de su amor, revelar su misterio y hacer partícipes de él a todos los hombres. A partir de su unión-comunión existencial (trinitaria), Dios se abrió hacia afuera a las criaturas humanas y al universo para insertarles en la vida divina. Por ello creó al hombre y lo invitó a la comunión personal con él, con los demás hombres y con el mundo. Habiendo creado al hombre, «a su imagen y semejanza» (Gén 1, 26), no lo ha creado para vivir en soledad, sino para desarrollarse en relación con los demás: con su Creador, con su semejante y con la naturaleza. Al principio de su creación, el

hombre experimentó esa perfecta comunión. Ese tiempo de la «prehistoria teológica», donde se vivía en comunión íntima y armoniosa con el Creador podemos llamar también «edad de oro» de la humanidad.

Es importante señalar que el hombre ha sido llamado a la comunión como pleno desarrollo de su ser y ha sido enviado a crearla en su entorno. Desde la revelación bíblica podemos decir que quien vive en la comunión con Dios lo manifiesta en la comunión con los demás hombres y que esta comunión humana es el reflejo en el mundo de la comunión con Dios. Por eso, cuando el hombre con su pecado rompe la relación con Dios y se niega a vivir en el ámbito de su comunión permanente, la fraternidad entre los hombres se ve rota por la injusticia, el egoísmo, la violencia e incluso la muerte. A causa del pecado del hombre, como bien muestra el libro del Génesis, la comunión en el mundo, reflejo

^[27] BOFF, L. La trinidad, la sociedad y la liberación. Paulinas, Bs As, 1986, 17. Comunión significa común-unión = communio, es decir, el modo propio de relacionarse entre sí las personas divinas, éste es el sentido teológico que va a servir como base para nuestra reflexión. Pero es importante recordar, con anticipación, que la palabra comunión proviene también de cum-munus que significa "hacer algo en común" y ese es el sentido y la proyección pastoral que va a tener esta exposición.

del misterio de Dios, ha quedado frustrada [28], y esa «edad de oro» de la humanidad se ha perdido irremediablemente replegándose en el pasado de manera inexorable.

A partir de esa caída del hombre en el pecado, que rompe su comunión en todas las dimensiones de su relacionamiento (consigo mismo, con Dios, con los demás e incluso con la propia naturaleza)[29], Dios ha querido restablecer y recuperar esa relación de armonía con la humanidad atrayéndola hacia sí, porque la razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la comunión con Dios [30]: sólo en esa comunión y armonía con Dios el hombre encontrará la verdad y la felicidad [31]. Es así que toda la historia de la salvación recogida en el Antiguo Testamento es la historia del Dios que vuelve a salir al encuentro del hombre para ofrecerle nuevamente su comunión que viene a identificarse, de esta forma, con la salvación de la humanidad.

Dios quiso santificar a los hombres no individualmente y aislados, sin conexión entre sí, sino hacer de ellos un pueblo para que le conociera de verdad y le sirviera con una vida santa.

Eligió, pues, a Israel para pueblo suyo, hizo una alianza con él y lo fue educando poco a poco. Le fue revelando su persona y su plan a lo largo de la historia y lo fue santificando. Israel en su historia va a experimentar cómo la comunión con Dios realiza la hermandad entre los hombres y cómo la ruptura con Dios se traduce en la ruina de la comunión humana.

Todo esto, sin embargo, sucedió como preparación y figura de su alianza nueva y perfecta que iba a realizar en Cristo y de la revelación plena que iba a hacer por el mismo Verbo de Dios hecho hombre [32]. Lo primero que hizo Jesús, en cuanto comenzó su ministerio apostólico entre nosotros, fue reunir una comuni-

^[28] RAMOS, J. A. Teología Pastoral. Sapiencia Fidei, BAC, Madrid 2004, 280.

^[29] La ruptura con Dios se traduce en la ruina de la comunión humana.

^[30] GS 19; CEC 27.

^[31] San Agustín, por eso, decía: "Nos has hecho para ti Señor y nuestro corazón estará inquieto hasta que no descanse en ti".

^[32] LG 9.

dad, es decir, un grupo de personas que iban siempre con él y vivían con él. En el inicio de su ministerio, elige a los doce para vivir en comunión con Él (cf. Mc 3, 14) [33]. Esa comunidad de discípulos fue la base principal para la institución de la Iglesia, el nuevo pueblo de Dios, el nuevo Israel. De esta forma, viviendo absolutamente la comunión con Dios, Cristo ha hecho posible un nuevo pueblo, «un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» [34]. La Iglesia es un misterio que hunde sus raíces en el misterio primordial de la Trinidad: ahí tiene su origen y ahí tiene su meta, y ahí tiene toda la

razón de ser de su esencia y de su dinamismo vital^[35]. El misterio de la Trinidad es la fuente, el modelo y la meta del misterio de la Iglesia: llamada a ser en Cristo «como un sacramento, o signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano» [36]. Aparece así que la comunión de los fieles y de las Iglesias Particulares en el Pueblo de Dios se sustenta en la comunión con la Trinidad. Hoy, a través de su Iglesia, Cristo nos llama y nos convoca a una comunión fraterna universal y a un sentido de pertenencia comunitaria desde nuestras respectivas vocaciones particulares o estados de vida.



^[33] DA 154.

^[34] LG 4.

^[35] CEP. Habla Señor, que tu Iglesia escucha. Líneas Comunes de Acción Pastoral para la Iglesia en el Paraguay. Litocolor, Asunión 2007, 43.
[36] LG 1.

2. La evangelización de la Iglesia, llamada a la comunión.

La comunidad eclesial tiene su origen en el amor divino. Por amor, el Padre envió a su Hijo para salvar lo que estaba perdido, para resucitar lo que estaba muerto. El Hijo, en perfecta comunión con el Padre, amó a los suyos hasta el extremo, dando su vida para reunir a los hijos dispersos. Con el envío del Espíritu Santo prometido sobre los discípulos, la Iglesia apostólica se presenta ante el mundo como el fruto maravilloso de la caridad divina. Ella es la obra de la Trinidad Santa y, por lo mismo, está modelada, vivificada y sellada como misterio de comunión y misión.

La Iglesia, asistida por el Espíritu del Resucitado y llamada a continuar la misión que Cristo vino a cumplir como enviado del Padre, desde su mismo origen hace de su vida un repetir y actualizar los gestos y palabras de Jesús para crear la unidad y

comunión tanto en su interior. como en su entorno: «que todos sean uno como nosotros» (Jn 19,11)[37]. Al hacerlo, sabe que esa comunión es la muestra que Dios está presente en su misterio: «lo que hemos visto y oído, lo que contemplamos y palparon nuestras manos... les anunciamos para que también ustedes estén en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo, Jesucristo» (1 Jn 1, 1-3). La Iglesia se convierte así en la comunión, es decir, la unión íntima de todos con Dios y con Cristo, vivida en una profunda alegría. Esa vivencia de comunión con el Padre y el Hijo sólo puede expresarse en la comunión con los hermanos porque no es una simple palabra abstracta, sino una realidad que se vive y se siente en el seno de cada comunidad. Es más, la comunión humana va a ser el único signo válido de que hemos entrado en el misterio de Dios, de que somos Iglesia.

^[37] Cristo pide que su Iglesia sea una, es decir, que sea señal de unidad y comunión en el mundo. No basta con que se predique a Cristo: es necesario que los hombres vean en medio de ellos una Iglesia única, unida y en comunión con todos y cada uno de sus miembros.

Por lo tanto, si no hay comunión dentro de la Iglesia quiere decir que simplemente ésta no existe o no es auténtica.

Aparece así la comunión, dentro de la Iglesia, como parte integrante de su propia esencia. Si evangelizar constituye la dicha y la vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda y su razón de ser[38], esa evangelización nunca puede ser indiferente al logro de la comunión perdida a causa del pecado. Por lo tanto, todo ministerio y emprendimiento pastoral de la evangelización, por su misma esencia, debe apuntar siempre hacia ese deseo eterno de Dios, a partir del primer pecado de la humanidad, de recuperar el origen primario de su comunión con el hombre, para que éste pueda vivir en paz con su Creador, consigo mismo, con los demás y con la propia naturaleza.

He aquí el sentido teológico más profundo del misterio de la Iglesia: en virtud de la participación en la vida del amor trinitario de Dios acontecida fundamentalmente en Cristo y abierta a todas las personas en el Espíritu Santo, la Iglesia es llamada y capacitada para ser a su vez, como imagen y semejanza, incluso como sacramento de esta comunión divina, una comunión entre los hombres tanto en su propia figura social como en el ejercicio de reconciliación universal para el género humano y toda la creación [39]. La evangelización sólo es viable a través de la unión con Dios y con los demás.

Por eso es importante impulsar la evangelización de nuestro tiempo a través de proyectos pastorales tanto de diócesis, de parroquias, de grupos como de movimientos que procuren crear comunión en sus ambientes, estar presentes en los lugares donde la comunión puede hacerse real y efectiva entre los hombres, denunciar y luchar contra el pecado personal y contra las estructuras injustas y desfasadas que causan la falta de comunión. Es importante tomar conciencia de que, en un

^[38] EN 14.

^[39] KEHL, M. La Iglesia, eclesiología católica. Sígueme, Salamanca 1996, 58.

plan pastoral orgánico, la diversidad de carismas, ministerios y servicios, abre el horizonte para el ejercicio cotidiano de la comunión, a través de la cual los dones del Espíritu son puestos a disposición de los demás para que circule la caridad (cf. 1 Cor 12, 4-12)[40]. De esta forma, podemos destacar el otro significado de la palabra comunión que viene del latín cum-munus que significa encargo. Es el encargo que uno recibe para hacer algo en común. En este momento de gracia en nuestro continente, estamos llamados al restablecimiento de la comunión que progresivamente hemos ido debilitando; y no se trata de la pérdida de comunión sólo con el Dios revelado por Jesucristo, sino también de la persona consigo mismo, con los demás y con la propia naturaleza [41].

3. Niveles y lugares de la comunión eclesial

3.1. Niveles de la comunión

Es importante señalar que la comunión puede perder intensidad en la medida en que se

gana en extensión. Es decir, se vive y se concretiza con más fuerza en niveles más afectivos y efectivos en la medida en que se realiza en espacios más reducidos. También compromete mucho más. Es más, podríamos decir que la única forma de vivir una comunión en la Iglesia es aquella que comienza con los más cercanos, porque «la caridad empieza por casa». Así podemos hablar de la relación de los creventes entre sí mismos y con la Iglesia de constitución sacramental-institucional, de los grupos, familias, movimientos y comunidades con su parroquia; la relación de las diversas comunidades parroquiales con su Iglesia particular (dirigida por el obispo); de los presbíteros entre sí y con el obispo y, finalmente, de las muchas Iglesias particulares con la Iglesia Universal.

Pero esa forma de vivir la comunión, en su concretización específica con los más cercanos, de ninguna manera anula la principal y primera referencia de comunión que es con la Iglesia de Jesucristo, instituida sobre los

^[40] Cf. DA 162.

^[41] CEP. Orientaciones..., 11.



Doce Apóstoles, cuyos sucesores hoy la guían bajo el impulso del Espíritu Santo [42]. En la Iglesia nos unimos, no por afinidades de caracteres o cualidades, sino porque nos sentimos convocados por el Señor para hacer realidad la comunión. Nuestra comunión está cimentada en Jesucristo porque Él es quien nos ha llamado y quien nos anima y nos sostiene en nuestra respuesta. «No fueron ustedes los que me eligieron, sino yo les elegía a ustedes» (Jn 15,16).

La Iglesia no es una realidad independiente que surge donde un grupo de creyentes quiere instaurarla, sino que es una realidad que nos precede, porque no se funda en nuestra propia elección, sino en haber sido convocados por el evangelio de Jesucristo.

La misma palabra «Iglesia» (del griego *kaléo* = llamar) significa originariamente toda asamblea convocada para deliberar y decidir algún asunto, plan, situación... de cualquier orden político, cívico, religioso^[43]. La Iglesia es una asamblea convocada, la convocación de los fieles en Cristo; y lo más sagrado de esta convocación precisamente es la unidad y la comunión.

^{[42] &}quot;La Iglesia católica, tanto en su praxis como en sus documentos oficiales, sostiene que la comunión de las Iglesias particulares con la Iglesia de Roma, y de sus obispos con el obispos con el obispo de Roma, es un requisito esencial –en el designio de Dios- para la comunión plena y visible" (UUS 97).

^[43] RUIDOR, I. La Iglesia de Dios, Iglesia de los hombres (Vol I). Sal Terrae, Madrid 1972, 23.

3.2. La comunidad como lugar concreto de la comunión

La comunidad es aquel grupo eclesial que hace realidad la comunión. Esto quiere decir que se configura desde ella, vive para ella y ella es la forma de su vida. La comunión, que puede ser un concepto abstracto, se hace sensible y concreta en la comunidad. Podríamos decir que es su expresión sacramental, porque en ella se significa y en ella se vive [44]. La comunidad de los creyentes como sacramento de la comunión con Dios [45]. Así podemos hablar verdaderamente de una comunidad de base, de una comunidad parroquial, de una comunidad diocesana o de una comunidad cristiana universal. La vida eclesial se organiza desde estructuras concretas comunitarias que han de encontrarse en el ámbito amplio de la comunión eclesial.

Acá podemos utilizar el concepto de Iglesia como comunión de comunidades en el que sean

respetadas todas en su identidad y en su pluralismo. Por eso, es mejor hablar de comunión de comunidades que comunidad de comunidades, que parece sugerir la coordinación de muchas iguales. Hoy en día, asistimos a la revalorización de la Iglesia diocesana como plenitud de la Iglesia local, caminamos a hacer de ella el lugar de la confluencia en comunión de los diferentes tipos de comunidades. La Diócesis, en ese sentido, debe ser el centro de esta comunión, ya que en ella se da en plenitud el misterio de la Iglesia una y universal.

Es importante también señalar que ninguna comunidad puede ser eclesial sin la comunión con la Iglesia, porque esa comunión es la que explica la identidad del Pueblo de Dios para ser tal Pueblo: un Pueblo en comunión [46]; v mediante esa comunión se recibe la savia que es garantía de vida verdadera y frutos abundantes para cada una de las comunidades, «yo soy la Vid y

^[44] RAMOS, J. A. o.c., 291.

^[45] Cf. KEHL, M. o.c., 55-117.

^[46] Cf. LOSADA, J. "La Iglesia, Pueblo de Dios y Misterio de Comunión", en Sal Terrae 74 (1986) 243-256.

ustedes las ramas. Si alguien permanece en mí, y yo en él, produce mucho fruto, pero sin mí, no pueden hacer nada» (Jn 15, 5).

3.3. Lugares eclesiales para la comunión

Según el orden con que presenta Aparecida, los lugares eclesiales para la comunión son: la Diócesis, la Parroquia, las Comunidades Eclesiales de Base y Pequeñas comunidades y, por último, las Conferencias Episcopales [47]. Nosotros le agregaremos algunos lugares esenciales para nuestra realidad paraguaya.

a. La Diócesis, lugar privilegiado de la comunión

La Diócesis es una porción del pueblo de Dios confiada a un Obispo para que la apaciente con su presbiterio [48]. Como realización concreta del misterio de la Iglesia Universal en un determinado lugar y tiempo, es el lugar privilegiado de la comu-

nión, el primer ámbito en que se realiza con plenitud. Ella está llamada a manifestar e irradiar la comunión en todas sus comunidades y estructuras impulsando una acción pastoral orgánica renovada y vigorosa con la participación de todos y cada uno de sus miembros y teniendo en cuenta los diversos carismas, ministerios, servicios y organizaciones que funcionan en su interior. Una pastoral diocesana inclusiva y participativa donde deben participar todos los bautizados y bautizadas, como discípulas y discípulos misioneros: no sólo los sacerdotes ni sólo las parroquias, como es común que suceda [49].

b. La Parroquia

Las parroquias son células vivas de la Iglesia y el lugar privilegiado en el que la mayoría de los fieles tiene una experiencia concreta de Cristo y la comunión eclesial. Están llamadas a ser casas y escuelas de comunión. Cada parroquia es una red de comunidades y encierra una in-

^[47] Cf. DA 164-183.

^[48] ChD 11.

^[49] Cf. DA 368.

mensa riqueza comunitaria porque en ella se encuentra una inmensa variedad de situaciones, edades, tareas, etc., brinda un espacio comunitario para formarse en la fe y crecer comunitariamente. La palabra parroquia significa «tránsito y parada» al mismo tiempo, por eso el parroquiano es el cristiano que peregrina hacia la casa del Padre eterno, sin embargo, permanece en la comunión con los demás para aprender y vivir anticipadamente los valores del Reino.

c. La Conferencia Episcopal Paraguaya

Para crecer en la fraternidad y en la corresponsabilidad pastoral, primeramente los obispos entre sí deben cultivar la espiritualidad de la comunión en orden a acrecentar los vínculos de colegialidad que los unen a los demás obispos de su propia Conferencia, pero también a todo el Colegio Episcopal, de Latinoamérica (CELAM) y a la Iglesia de Roma, presidida por el sucesor



de Pedro: cum Petro et sub Petro [50]. El resultado de todo este esfuerzo es una sentida fraternidad entre los Obispos del Continente y una reflexión teológica y un lenguaje pastoral común que favorece la comunión y el intercambio entre las Iglesias. Es interesante señalar la importancia de la creación y funcionamiento en la actualidad, después de muchos años, de una Comisión Episcopal de Pastoral de la CEP.

A estos lugares, señalados por Aparecida, también podemos agregar:

Las Comunidades Eclesiales de Base

Las Comunidades Eclesiales de Base son escuelas que han ayudado a formar cristianos comprometidos con su fe. Ellas que recogen la experiencia de las primeras comunidades son ámbitos donde el pueblo cristiano tiene acceso al conocimiento de la Palabra de Dios y al compromiso social en un ambiente cercano y familiar. Las Comu-

nidades Eclesiales de Base tienen la Palabra de Dios como fuente de su espiritualidad y la orientación de sus Pastores como guía que asegura la comunión eclesial.

Comunidades, movimientos y grupos eclesiales

Estos son los lugares más cercanos e íntimos para vivir la comunión dentro de la única Iglesia de Cristo; darán su fruto en la medida en que la Eucaristía sea el centro de su vida y la Palabra de Dios sea el faro de su camino y su actuación.

La familia

Como la familia es la primera célula de la sociedad, la primera escuela de la vida y la Iglesia doméstica de Cristo^[51], no puede ser menos importante la vivencia de la comunión dentro de ella porque «la caridad empieza por casa». Por eso, debemos tomar conciencia de la importancia que tiene la familia dentro de nuestra sociedad y dentro de nuestra Iglesia.

^[50] Cf. EAm 37. [51] Cf. LG 11; FC 49.

La comunión eclesial como don y tarea, como gracia y compromiso

4.1. Comunión como don

Toda la eclesiología de comunión contempla a la Iglesia a la luz de la Trinidad y como fruto de la economía de la salvación. De acuerdo a la visión del Vaticano II^[52], la comunión es claramente don, fruto de la gracia, obra de la salvación de Cristo, plenitud del encuentro de Dios con el hombre, y efecto de la acción del Espíritu Santo, culminación del misterio pascual. En expresión más sencilla podemos decir que la comunión es una gracia que viene de arriba como un regalo de Dios a su Iglesia. Hay algunas conclusiones a las que podemos llegar para ver la comunión como don:

- Toda la historia de la salvación confluye en el misterio de la encarnación en el que Cristo es el signo máximo de la comunión entre el hombre y Dios.
- La Iglesia continúa en medio del mundo la tarea para la

que Cristo había sido enviado por el Padre. Esta tarea consiste en abrir el misterio trinitario a la comunión de los hombres.

- El factor interno de la comunión es el Espíritu Santo, «uno y el mismo en Cristo y los cristianos»^[53].
- Esta comunión encontrará la plenitud de su realización en la escatología, cuando Cristo sea todo en todos y la totalidad de la creación se haya encontrado en el Reino, que será la realidad definitiva de lo que la Iglesia anunciaba y vivía. Mientras tanto, la Iglesia vive precariamente la comunión en su ser y en su misión, afectada por el pecado y con la necesidad de una purificación continua.

4.2. Comunión como tarea

Es importante señalar que este don de Dios se realiza y se manifiesta en la tarea eclesial en la que la Iglesia acepta la gracia secundándola, «a Dios rogando y con el mazo dando». Su rea-

^[52] Cf. LG 1. [53] LG 7.

lización depende de la forma en que la Iglesia acoge y vive este don, desde su libertad; y de la manera como la proyecta y organiza como oferta a los hombres, desde su misión. En expresión más sencilla podemos decir que la comunión no es sólo un regalo divino que viene del cielo como por arte de magia, sino que implica la responsabilidad y el trabajo del hombre; es decir: si no se trabaja, no se consigue. La comunión es una tarea porque:

- La Iglesia ha de trabajar para que todos sus miembros encuentren en ella su verdadero puesto basados en la dignidad común de los miem bros de la comunión gracias a su bautismo.
- La Iglesia ha de crear servicios y espacios para la comunión.
- La Iglesia ha de celebrar la comunión poniéndose en contacto con Aquel que la crea.
- La Iglesia vive el servicio a los hombres y al mundo como oferta y realización de una comunión entre los

hombres. Su trabajo en el mundo para la comunión es la dirección a la que apunta su ser y su misión.

Por lo tanto, la comunión como don y tarea se implican y se interrelacionan mutuamente. No pueden separarse porque son dos dimensiones intrínsecamente unidas del misterio de la misma Iglesia, no sólo depende de la voluntad de Dios, sino de la voluntad y del trabajo de todos los que conformamos la Iglesia de Cristo.

4.3. La comunión como corresponsabilidad de todos los miembros de la Iglesia

La responsabilidad de la comunión eclesial es tarea de todos y cada uno de los cristianos, de acuerdo a la vocación particular a la que han sido llamados. Sin ningún tipo de exclusión todos estamos llamados a esta gran tarea eclesial. Una dimensión constitutiva del acontecimiento cristiano es el sentido de pertenencia a una comunidad concreta, en la que podemos vivir una experiencia permanente de discipulado y de comunión

con los sucesores de los Apóstoles y con el Papa^[54], y con todos los miembros de la Iglesia de Cristo. Tener conciencia de pertenencia eclesial es estar convencido de formar parte de la institución fundada por Cristo, saber ser parte integrante e importante dentro de esta gran familia. La Iglesia como Madre exige de sus hijos comunión en la autenticidad y fidelidad de su doctrina, en la obediencia a sus preceptos, sacramentos y mandatos, en el respeto a sus consagrados y en la cooperación en su labor apostólica.

La diversidad de carismas, ministerios y servicios, abre el horizonte para el ejercicio cotidiano de la comunión, a través de la cual los dones del Espíritu son puestos a disposición de los demás para que circule la caridad (cf. 1 Co 12, 4-12). Los ministerios que hay en la comunidad son «dones» dados por Dios para el crecimiento de la Iglesia. Cada bautizado, en efecto, es portador de dones que debe desarrollar en unidad y complementariedad con los de

los otros, a fin de formar el único Cuerpo de Cristo, entregado para la vida del mundo^[55]. No hay comunidad auténtica si cada uno no participa activamente en la vida de esa comunidad poniendo su capacidad y talento al servicio de todos.



Por eso, es importante recordar dos cosas fundamentales:

 En primer lugar, que un carisma se evalúa y se verifica por la comunión con los otros y por el servicio a la comunión de la Iglesia. Ningún carisma

^[54] DA 156.

^[55] DA 162.

puede ser considerado auténticamente evangélico si no tiene una repercusión para el bien de toda la comunidad. Su razón de ser está en el servicio a los demás. He ahí la importancia de los grupos y movimientos cristianos dentro de la Iglesia porque, desde sus carismas, dinamizan y fortalecen la comunión eclesial; a ello siempre deberían apuntar.

 Y en segundo lugar, la misma comunidad eclesial, si rechazara de sí misma y de su organización o no promoviera tales funciones, carismas, ministerios o servicios, no dándole suficiente importancia y espacio para su desarrollo y florecimiento, dejaría de ser una verdadera comunidad cristiana.

Por eso, hoy y siempre, estamos Ilamados a hacer de la Iglesia la casa y escuela de comunión. El gran desafío que tenemos entre nosotros si queremos ser fieles al designio de Dios es la práctica de la espiritualidad de comunión [56]. He ahí también un punto critico para la reflexión y el análisis actual: mirando nuestros grupos y movimientos eclesiales ¿hasta que punto un carisma sirve para la integración de fuerzas dentro de la comunidad? ¿Tiene como objetivo principal el bien común? Y ¿hasta qué punto la organización y la iniciativa de la estructura pastoral de la Iglesia promueve el espacio para la realización de cada uno de los carismas, ministerios y servicios?

5. La orquesta de la Comunidad

San Pablo, en 1 Cor 12, 12-31, hace una larga comparación del funcionamiento de la Iglesia con el del cuerpo humano para hacernos entender cómo tenemos que complementarnos, promovernos y respetarnos unos a otros. Ya habíamos dicho que no hay comunidad auténtica si cada uno no participa activamente en la vida de esa comunidad poniendo su talento al servicio de todos. Hasta el cristiano más humilde, o más pobre, puede tener

riquezas de cualquier orden ya sea social, moral, artístico, etc., con que puede servir a los demás, sobre todo en esa tarea de enriquecer la comunión eclesial. Sería importante leer y releer detenidamente este pasaje bíblico que es de suma importancia en nuestra búsqueda de la comunión eclesial a través de la articulación armónica de sus miembros. Esta imagen del cuerpo ilumina la forma en que se han articular los miembros para poder responder y transformar, lo mejor posible, los desafíos de nuestra evangelización actual, también en toda su diversidad y pluralidad. Igual que un atleta ha de desarrollar y armonizar todos los miembros de su cuerpo para rendir al máximo, así también se han de articular y armonizar los miembros de la comunidad, llamados a ser discípulos misioneros, para responder con altura a los desafíos de su realidad. No sirve forzar la unión de los miembros de cualquier forma. El cuerpo quedaría deforme y no conseguiría avanzar ni un solo paso. La misión, la transformación del mundo, se llevará mejor adelante si el cuerpo apostólico (comunidad apostólica) se consigue articular armónicamente con los distintos dones y carismas de sus distintos miembros.



En un sentido comparativo, también nosotros podemos decir que la Iglesia de Cristo, tanto a nivel de diócesis como de parroquias y comunidades, debe funcionar como una orquesta. Una orquesta está formada por varios músicos que tocan distintos instrumentos. Un sub-grupo toca instrumentos de cuerda: guitarra, violín, contrabajo. Otro sub-grupo toca instrumentos de aire: corneta, flauta, saxofón. Otro sub-grupo toca instrumentos de percusión: platillos, tambor, timbales y así otros instrumentos... Para que la orquesta funcione bien, los músicos además de tener cualidades y saber de técnica, deben practicar, ensayar... pero sobre todo tiene que haber armonía, sintonía en el conjunto. Cuanto más se conjugan instrumentos y voces, diversas y contrarias, más maravilloso resuena el concierto.

Pues así también en la comunidad, para servir al Pueblo tiene que «tocar» varios instrumentos que vendría a ser los distintos carismas, ministerios y servicios que hay en la Iglesia. Y así se forman distintos grupos con alguna especialidad, y deben buscar la armonía, sintonía, coordinación para tener un buen trabajo en conjunto y en comunión.

En la Iglesia durante muchos años se han formado grupos que se llaman «movimiento de la Iglesia»: Cursillistas, Legión de María, grupo juvenil, Renovación Carismática, Movimiento Familiar Cristiano, etc.; y muchos de estos movimientos, en ocasiones, tiran cada uno por su lado. A veces hay una competencia y hasta roces entre unos movimientos y otros.

También a veces encontramos personas que quieren estar en varios movimientos al mismo tiempo. Como esos que quieren tocar varios instrumentos al mismo tiempo: se amarran una armónica en la boca, agarran la guitarra por un lado y con los pies le dan a una sonaja... Y sucede que algunas personas sí tienen facultades para tocar distintos instrumentos, pero hay movimientos que son muy celosos de su membresía y los hacen renunciar a otro movimiento, o les dividen mucho tiempo... Otras personas se eternizan en un cargo o en un movimiento.

Las comunidades eclesiales están llamadas como en una orquesta a tocar los instrumentos de servicio, no como movimientos, sino como ministerios para lograr un buen trabajo en conjunto. Esta manera de vivir la fe en el servicio da mucha más libertad y amplitud para que los cristianos participen viva y creativamente y se logre la comunión. Eso sí, se necesita disciplina, espíritu de equipo y obediencia para trabajar en un proyecto común. Para eso son las reuniones de comunidad, la planificación pastoral diocesana, la planeación parroquial, etc.; donde los laicos viven la participación y comunión como una corresponsabilidad y colaboración con el Obispo, el Párroco y toda la Comunidad en servicio del Reino de Dios. El hecho de tomar las decisiones en forma comunitaria y por consenso mejora la calidad de las decisiones y crea fuertes lazos de comunión y compromiso en la acción pastoral.

Por esta razón, el Documento de Aparecida, mirando nuestra realidad, nos llama a una conversión personal, pastoral y eclesial que inexorablemente «implica reformas espirituales, pastorales y también institucionales» [57]. Somos conscientes de que la organización reformas debe crearse a medida que las necesidades de renovación lo requieran y que todo cambio en la organización debe buscarse en forma participada. Porque solamente así la organización, la práctica y la vivencia de nuestra fe cristiana tendrá una resonancia evangélica más efectiva para lograr la comunión con Dios, con los demás y con la propia naturaleza en este tiempo que nos toca vivir.

Concluyendo esta catequesis sobre la comunión eclesial

Como Iglesia estamos llamados a la comunión, en sus dos interpretaciones de origen:

- Como communio: es decir, como sacramento que hace presente, visible y vivencial esa comunión intratrinataria sobre la que sustenta su misterio y su razón de ser;
- Como cum-munus: es decir, como tarea o misión histórica, con la participación de todos sus miembros a través de sus distintos espacios pastorales para que podamos hacer algo en común para devolver al hombre de nuestro tiempo a la dignidad de ese estado de vivir en armonía con Dios, consigo mismo, con los demás y con la propia naturaleza, condición visiblemente quebrantada y debilitada por el pecado de nuestros días.

PREGUNTAS PARA EL TRABAJO EN GRUPO

- 1. ¿En qué gestos, actitudes y realidades concretas estamos viviendo la comunión eclesial en nuestra Diócesis, Parroquias, Presbiterio, Grupos–Movimientos, Familias y Comunidades?
- 2. ¿Qué estamos haciendo para que nuestra Diócesis, Parroquias y Comunidades sean casa y escuela de comunión?
- 3. ¿Qué dificultades encontramos para vivir en comunión en nuestra Diócesis, Decanatos, Presbiterio, Parroquias, grupos o movimientos eclesiales? ¿Podemos notar con claridad y preocupación en qué lugares y niveles falta la comunión en nuestra Iglesia Particular?
- 4. ¿Cómo se puede mejorar la comunión entre nosotros: Obispo con su sacerdotes y laicos; Sacerdotes entre sí (fraternidad sacerdotal); Párroco con sus laicos; Laicos entre sí; incluso en la relación hombre-naturaleza? ¿Cuáles son las tareas a desarrollar que llevaremos como compromiso de este encuentro?
- 5. ¿Cómo podemos evaluar nuestra realidad sobre la comunión eclesial a partir del método VER, JUZGAR Y AC-TUAR?

onclusión

Después de leer y reflexionar juntos sobre estos importantes temas de nuestra realidad eclesial, es de desear que nos hayamos quedado con el corazón y todo el ser abiertos a esta gran responsabilidad que hoy tenemos los cristianos para con nuestra Iglesia, sin hacer distinción de condiciones ni de tipos de vocaciones a las que cada uno pertenecemos.

En esta Misión Continental Permanente en el Paraguay estamos llamados a *«vivir la Comunidad eclesial como casa y escuela de comunión»*, que pueda enriquecer a todos los hijos de Dios y a toda nuestra sociedad paraguaya, como habíamos dicho en el primer material de Orientaciones: *«esta anhelada vivencia de comunión debe influir positivamente en la vida de cada uno de*

sus miembros en sus diversas relaciones, y debe hacer crecer y vivificar un fuerte sentido de pertenencia a la Iglesia» (pg. 20). Para lograr ese gran objetivo creemos que será necesario tratar de reordenar, en alguna de sus partes, la casa en que vivimos, a la que pertenecemos por nuestro propio bautismo, y la forma en que en ella estamos viviendo. Eso implica salir de la comodidad de vivir una fe sin compromiso y de una pastoral de mantenimiento que aún nos identifican en muchos de nuestros trabajos de evangelización. Éste es el tiempo de gracia para mejorar muchas cosas, tanto en nuestra vida personal, comunitaria e institucional que nos posibiliten creer y obrar más, y que nuestras obras perduren y sirvan a los demás. Y para mejorar, necesitamos reconocer nuestras limitaciones en la vida de fe, caminar hacia una conversión personal, comunitaria y pastoral, sabiendo escuchar, discernir y concretar la voz del Espíritu de Dios hoy en medio de su Iglesia.

Aparecida nos invita a recomenzar desde Cristo, como sus discípulos y misioneros, en una Iglesia que peregrina como Cuerpo de Cristo, Pueblo de Dios en comunión y participación, al servicio de la Vida plena.

Es por todo eso que pensamos oportuno el momento de plantear estos tres temas en este tercer subsidio que hemos titulado «Una conversión pastoral para una Iglesia en comunión». El objetivo es que el discípulo misionero se vaya formando en los grandes temas actuales y vaya concientizándose de su gran responsabilidad en cuanto a la marcha de su Iglesia, donde todos somos uno: «Cuando uno sufre. todos los demás sufren con él, y cuando uno recibe honor, todos se alegran con él» (1Cor 12, 26), y donde todos estamos llamados a mantener la unidad y la comunión así como desea nuestra Cabeza y Fundador: «Que todos sean uno como Tú, Padre, estás en Mí y Yo en Ti. Sean también uno en nosotros: así el mundo creerá que Tú me has enviado» (Jn 17, 21).

Abrigamos la esperanza de que este material sea de provecho para lograr el objetivo señalado.



a-Comisión Ejecutiva:

Mons. Juan Bautista Gavilán Velázquez:

Responsable de la Comisión Obispo de Cnel. Oviedo

Mons. Celso Yegros Estigarribia:

Miembro

Obispo de Carapeguá

Mons. Jorge Livieres Banks:

Miembro

Obispo Emérito de Encarnación

Mons. Oscar Páez Garcete,

Miembro

Obispo Emérito de Alto Paraná

P. Eber Rojas

(Pastoralista) Miembro De la Diócesis de Villarrica

P. Daniel Basabe

(Pastoral Bíblica) Miembro De la Diócesis de Carapeguá

H. Angélica Gavilán Ocampos, cve,

Secretaria Ejecutiva

b- Coordinación Nacional de Pastoral:

La Comisión Ejecutiva

Los Vicarios Pastorales de las Diócesis y Vicariatos

Un representando del Diaconado permanente

Dos Religiosos representantes de la Conferencia de Religiosos del Paraguay

Dos Laicos representantes de la Coordinación Nacional de Laicos

Tres representantes de los Secretarios Ejecutivos de la CEP

c- Equipo de Reflexión:

Mons Juan Bautista Gavilán Velázquez: Obispo Responsable de la Comisión

P. Ignacio Espínola:

De la Diócesis de Cnel. Oviedo

P. Eber Rojas:

Pastoralista

P. Daniel Basabe:

Pastoral Bíblica

P. Francisco Silva:

Pastoralista (Arquidiócesis de Asunción)

P. Osmar Fleitas:

De la Comisión Episcopal de Liturgia

P. Walter Von Holzen

Director de Obras Misionales Pontificias

Hna. Angélica Gavilán Ocampos, cve: Secretaria ejecutiva

d- Equipo de Elaboración de Subsidios:

Mons Juan Bautista Gavilán Velázquez: Obispo Responsable de la Comisión

P. Ignacio Espínola:

De la Diócesis de Cnel. Oviedo

P. Eber Rojas:

De la Diócesis de Villarrica

P. Daniel Basabe:

De la Diócesis de Carapeguá

P. Francisco Silva:

Pastoralista (Arquidiócesis de Asunción)

P. Osmar Fleitas:

Secretario Ejecutivo de la

Comisión Episcopal de Liturgia

Sr. Mariano Mercado:

Secretario Ejecutivo de los MCS de la CEP

Hna. Angélica Gavilán Ocampos, cve: Secretaria ejecutiva



Consideraciones previas		
•		
Bibliografía		8
Pastoral de Mantenimiento		
Conversión Pastoral		
Conclusión		53
Miembros de la Comisión Episcopal de Pastoral		55

Etapas de la Misión Continental Permanente en el Paraguay

1 Etapa: De sensibilización, concientización y formación de los Agentes de Pastoral.

Del 08 - Dic - 2008 al 22 - Nov - 09, día de Cristo Rey.

- 2 Etapa: De la Misión sectorial y territorial
 - Se inicia con el Adviento: 29 Nov 09
 - Concluye el 08 Dic 11 con una clausura solemne en Caacupé.
- 3 Etapa: 08 Dic 11: Declarar Permanente la Misión en el Paraguay.



Oración de la Misión Continental Permanente en Paraguay

Quédate con nosotros, Señor, Tú eres la Verdad misma, eres el Revelador del Padre. Ilumina Tú nuestras mentes con tu Palabra; ayúdanos a ser dóciles a la escucha.

> Tú que eres la Vida, quédate en nuestros hogares para que caminemos unidos. Fortalece nuestra fe de discípulos siempre atentos a la escucha de tu voz de Buen Pastor.

Envíanos como tus alegres misioneros, para que nuestros pueblos, en ti, adoren al Padre, por el Espíritu Santo. Amén.